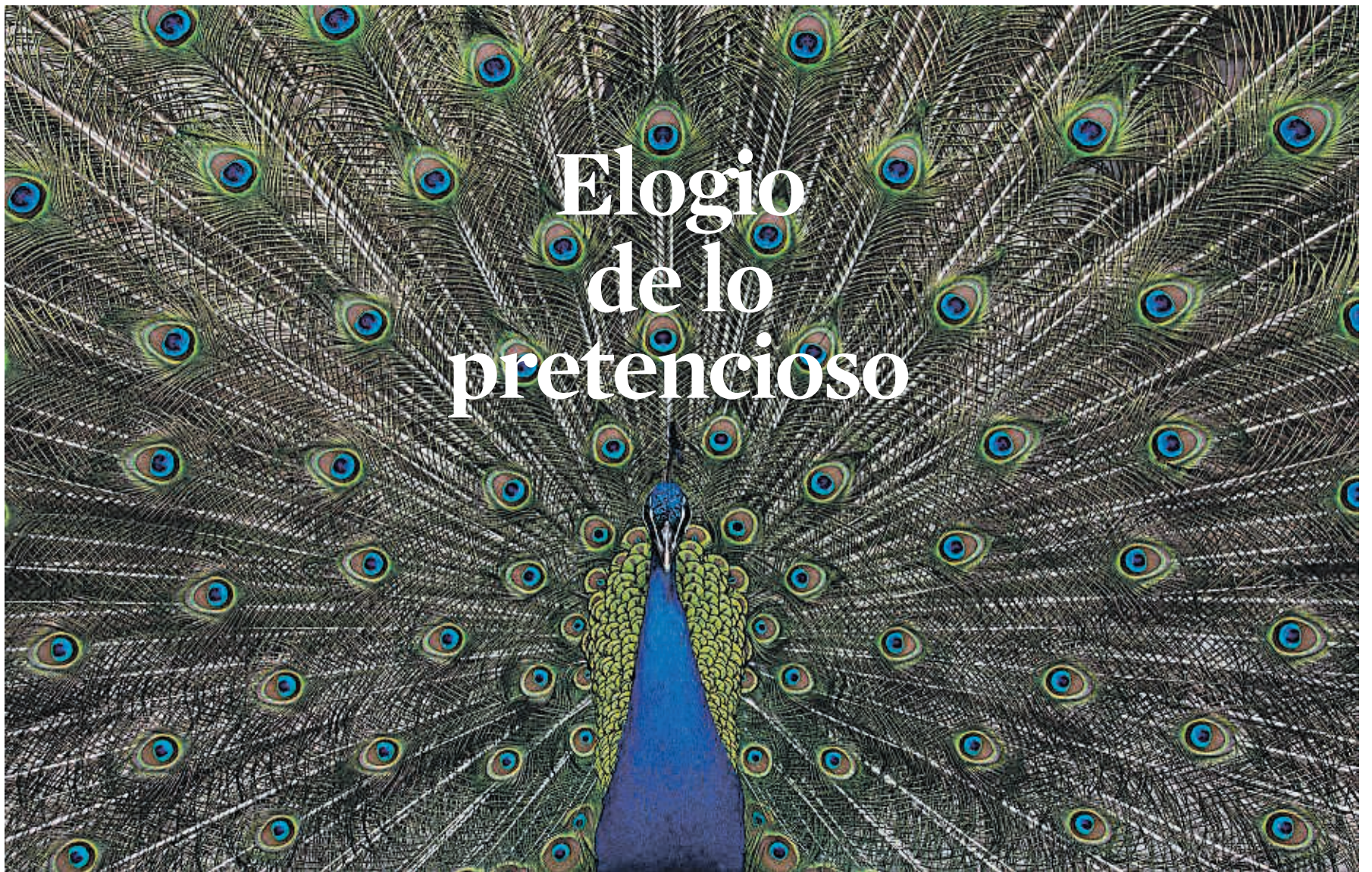


Mirada|s



Elogio de lo pretencioso

El adjetivo ‘pretencioso’ suele ser una forma de descalificación. Sin embargo, un ensayo de próxima publicación (‘Pretenciosidad. Por qué es importante’, Alpha Decay) alerta contra su abuso y lo reivindica como forma de afirmación de la creatividad

BEGOÑA GÓMEZ URZAIZ

Lo que sucedió en los últimos premios Grammy se entendió casi universalmente como un conflicto del tipo música negra versus música blanca, cuando Adele ganó el premio a Artista del Año en lugar de la favorita, Beyoncé. Incluso la británica consideró que había sido un robo y al recogerlo se preguntó: “¿Qué tiene que hacer Beyoncé para que le den un Grammy?”. Hubo algo de eso, y desde luego, esos galardones no tienen el historial más aperturista. Pero lo que estaba en liza también era una pugna entre el disco *pretencioso* contra el disco *sencillo*. Y se plasmó perfectamente en cómo se defendieron esa noche en el escenario. La ex Destiny’s Child, que acababa de hacer público su embarazo de la manera más rebuscada posible, con una sesión

de fotos del artista Ewol Erizku con referencias a Brueghel y Botticelli, defendió su álbum visual, *Lemonade*, un compendio de música y videoarte con numerosas citas (¿o plagios?) a centenares de artistas contemporáneos, con una actuación hipnotizante y desvergonzadamente *over the top* que bebía de la tradición yoruba, las diosas africanas de la fecundidad y la imaginación de las vírgenes cristianas. En cambio, Adele, cuyo álbum se llama 25 porque los anteriores eran 21 y 19 –¿hay algo más simple que eso?– se limitó a hacer lo que hace siempre: salir con un micro bajo un foco y cantar.

El ejercicio de una corría el riesgo de resultar risible o sublime (o una mezcla de ambos), el de la otra no. Howard Devoto, autor de himnos punk engañosamente sencillos



Dan Fox
Pretenciosidad. Por qué es importante
Traducción de Albert Fuentes

ALPHA DECAY

para las bandas Buzzcocks y Magazine, lo resumió así antes de que nacieran Beyoncé o Adele: “Lo pretencioso es interesante. Por lo menos estás haciendo un esfuerzo. Tu ambición tiene que sobrepasar a tus habilidades en algún momento”. Y su contemporáneo, David Bowie, se concedió en muchas ocasiones el título de mayor pretencioso de la historia de la música popular. “Durante mis primeros años salí adelante a base de pura pretensión –declaró en una entrevista a *Playboy* en 1976–. Si le enseñas a la gente algo en lo que se ha aplicado análisis intelectual o pensamiento analítico, la gente bostezará. Pero algo pretencioso... ¡eso te mantiene alerta!”.

De todo esto se habla en *Pretenciosidad. Por qué es importante*, un ensayo corto y claro del crítico de

arte Dan Fox que publica el mes que viene en España Alpha Decay. Fox despotrica contra el abuso del adjetivo *pretencioso* para calificar todo aquello que no se comprende del todo o que se teme, sobre todo porque ese apelativo busca hacer lo contrario de lo que debería ha-

Se abusa del adjetivo ‘pretencioso’ para calificar aquello que no se comprende del todo o que se teme

cer un juicio cultural, acabar la conversación en lugar de empezarla. Cuando alguien dice de un libro o de una película que es pretencioso, lo está acusando de

se que orbitan en torno al tema. Llamar a alguien *pretencioso*, señala, no deja de ser una forma de cuestionar la autoridad que se han otorgado y una manera de llamarle la atención por pasarse de frenada. “Usado como un insulto, es una herramienta formal de vigilancia de clase, un palo para golpear a alguien que se da aires (...) especialmente en el Reino Unido, donde la clase es una forma de neurosis, tanto como un conjunto de condiciones”. En la literatura británica surge con frecuencia esa figura, el personaje de un estrato social inferior que intenta culturizarse y, en lugar de celebrarse como una reinención, se le ridiculiza. Ahí está la

Frente al esnob, que aspira a ser aceptado, al pretencioso no le preocupa la opinión de los demás

gobernanta de los hijos de Mrs Dalloway, que Virginia Woolf describe con poca sonoridad como “un monstruo de resentimiento, envidia y deseo no satisfecho”, o Charlie Mears, el ingenuo funcionario con sed de conocimientos en *El cuento más hermoso del mundo*, de Rudyard Kipling. O Leonard Bast, en *Regreso a Howard's End*, que recibe el castigo (ojo, *spoiler*) más cruel de todos por sus aspiraciones socioculturales. Muere aplastado por una estantería repleta de libros.

Hacia el final de su ensayo, el autor recurre a su propia biografía para defender a esos individuos que se atreven con retos culturales por encima de lo que en teoría les está reservado, como Mears o Bast, o su propio padre, un irlandés de origen trabajador que colgó los hábitos y ejerció de profesor de formación profesional mientras dedicaba los fines de semana a escribir libros autoeditados sobre numismática romana o la Guerra Civil inglesa.

Lo pretencioso, entendido de esta manera benéfica y generosa, puede ser hermano del *camp*, que Susan Sontag definió como “el amor por lo exagerado, lo torcido, por las cosas que no son lo que deberían ser” pero se encuentra a kilómetros de distancia del esnobismo. El esnob quiere ser aceptado en la horquilla social a la que aspira y le aterra no conseguirlo. Siempre es consciente de quién y cómo le está mirando, mientras que al pretencioso no le preocupa especialmente la opinión de los demás. Todos estos conceptos, sin embargo, se enfrentan en distintos momentos al mismo enemigo, el antiintelectualismo, una corriente que en los últimos años se ha revelado como transnacional y políticamente transversal: da votos en todos los graneros. |

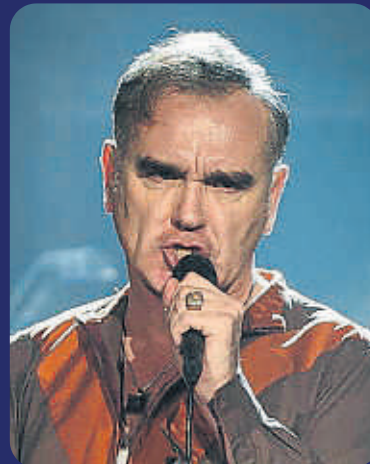
galería de artistas con ínfulas

A algunos creadores les persigue tanto la etiqueta de ‘pretenciosos’ (googleen, por ejemplo, Christopher Nolan o Julio Medem) que hasta tienen que responder ante esa etiqueta en sus entrevistas. Otros, en cambio, la esquivan pasándose tres pueblos: existe toda una escuela de crítica consistente en explicar por qué las películas de Albert Serra no son pretenciosas. Por tradición, había géneros, como la novela negra, que se creían al margen de recibir esa etiqueta, pero todo está cambiando. Ahí está, por ejemplo, el auge del hip-hop con ínfulas. Presentamos aquí una selección de artistas a los que se ha adjudicado el famoso adjetivo más de una, de dos y de mil veces

TERRENCE MALICK

Hay quien ve en las últimas películas del director de ‘Malas tierras’ el anuncio de seguros más caro del mundo, en parte por los planos flotantes de su director de fotografía, Emmanuel Lubezki. Sin embargo, él se mantiene fiel a su estilo, que repite en la próxima ‘Song to song’

GETTY



MORRISSEY

El líder de The Smiths exigió que Penguin publicara su biografía en la colección Classics, para que tuviera el aspecto de los libros de W. Blake y George Eliot que le marcaron. Un periódico publicó “los diez pasajes más pretenciosos” del libro, algo que seguro no molestó a su autor

B. DORUK / GETTY

JEAN-LUC GODARD

Werner Herzog dijo de los filmes de su colega que eran como “moneda falsa” y que prefería una buena película de kung-fu. Bergman aseguró que eran “falsamente intelectuales”. La etiqueta, para bien o para mal, acompaña al francés tanto como la de genio revolucionario

B. HORVAT / GETTY



DARREN ARONOFSKY

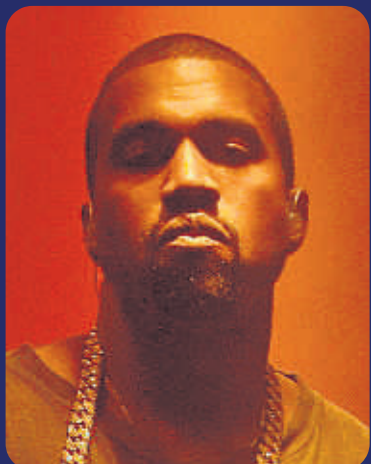
¿Hay que culpar a los artistas por su influencia? ¿Debe responder Aronofsky de todos los directores que hicieron imitaciones de ‘Réquiem por un sueño’? Sea como sea, el director de ‘Cisne negro’ encabeza las listas de “directores más pretenciosos” en el IMDB

J. MCCARTHY / GETTY

KANYE WEST

La arrogancia se le supone al rapero como el valor al torero, pero Yeezy (diminutivo de Yeezus) probablemente la ha llevado a otro nivel. Aunque es fácil ridiculizar sus declaraciones y su candidatura presidencial para el 2020, quizás algún día se reconozca su insaciable curiosidad

TAYLOR HILL / GETTY



MARINA ABRAMOVIC

Sólo hay una artista visual viva que genere memes en internet y parodias en especiales de humor y eso tiene su mérito. El enorme eco que suscitó ‘The artist is present’ disparó su popularidad pero no consiguió disipar las dudas del público respecto a las performances

B. GLIKAS / GETTY

DAVID FOSTER WALLACE

A los nueve años de su muerte, el estadounidense va camino de la canonización y vende tantos o más libros que cuando vivía, pero también ha venido a representar el héroe de los ‘fanboys’ que contemplan la literatura como concurso de acrobacias 100% masculino

ARCHIVO



CHRISTOPHER NOLAN

Cuando un periodista quiere divertirse le pregunta a Nolan si piensa añadir “escenas graciosas” tras los créditos, como se suele hacer en el género de superhéroes. Él no hace eso, ni 3D, ni finales comprensibles, ni diálogos que suenen a cosas que dicen los humanos

K. TANG / GETTY

pretenciosos de novela

Tolstói llamó ‘pretencioso’ a Shakespeare, lo que prueba que nadie está a salvo de lanzar o recibir el adjetivo más útil y perezoso de la crítica literaria. Y no hablamos sólo de los autores, también de los personajes que crean. ¿O no es Hamlet, el personaje más complejo y rico de la literatura, también un grandísimo pretencioso, con sus soliloquios –“le encanta escucharse”, dirían de él–, sus contradicciones y su tendencia a la autoconmiseración? El príncipe danés está en buena compañía. Protagonistas y secundarios comparten con él la tendencia a la pomposidad



BECKY SHARP LA FERIA DE LAS VANIDADES

William Thackeray se muestra despiadado con su propia heroína, la pícaro y arribista social definitiva a la que la Enciclopedia Británica define como “aventurera amoral”. Y, sin embargo, la resuelta Becky Sharp, que saca el máximo partido de su educación, tiene sus defensores, como el escritor Sebastian Faulks, y se la ha releído en clave feminista como una mujer que se aprovecha de las debilidades de los hombres y expone lo más ridículo de la sociedad



IGNATIUS J. REILLY LA CONJURA DE LOS NEGOS

“Los Estados Unidos necesitan teología y geometría, buen gusto y decencia”. Esa sería la receta electoral de la criatura de John Kennedy Toole si no fuese demasiado vago para presentarse a unas elecciones. Monárquico, que ya tiene mérito en América, y admirador de todo lo medieval, Reilly reniega de la Ilustración y todo lo que trajo consigo. Además, reniega de la clase trabajadora



HOLDEN CAUFIELD EL GUARDIÁN ENTRE EL CENTENO

Considerado el arquetipo del adolescente moderno, un ser puro que señala la hipocresía del mundo adulto, el bueno de Holden, con sus tendencias misantrópicas y puritanas, fue desde su nacimiento un personaje más polémico de lo que se cree. En contra: Joan Didion y George Steiner. A favor: Norman Mailer, William Faulkner, generaciones de púberes en lucha contra el mundo



HUMBERT HUMBERT LOLITA

Pedante y erudito, la resbaladiza criatura de Nabokov retuerce el idioma hasta que consigue que este le sirva para justificar sus actos. “Habla en inglés, papá”, llega a decirle su ‘nínfula’ –esa palabra, el más famoso de sus inventos– pidiéndole un poco de claridad. Se cree que el autor se inspiró en Henry Lanz, jefe del departamento de Lenguas Eslavas en Stanford, pero siempre se han señalado sus similitudes con el propio Nabokov

CORNELIUS FUDGE HARRY POTTER

Considerado uno de los peores Ministros de Magia de la historia en el Universo Potter y adornado por un bombín verde y un reloj de bolsillo de oro, Fudge cede a la tentación de autocondecorarse con una medalla de la Orden de Merlín. Además, se le ve más cómodo entre la gente de postín, como los Malfoys, que entre los humildes, como los Weasleys. Aunque empieza la saga como un vejete bienintencionado, el poder acaba subiéndosele a la cabeza

> shop”: cebo para clics de primera calidad–, pero la polémica entre el “teatro de texto” y las “artes vivas” con las que lo quiere sustituir Matteo Feijóo no se explica sólo como una colisión entre dos propuestas artísticas distintas sino como un choque entre “lo que se entiende a la primera” y “lo que no”.

La última entrega de los premios Turner, los más importantes del arte contemporáneo, también estuvo animada por una batalla mediática de regusto bien añejo –podría haber sucedido en 1966 en lugar del 2016– entre políticos y críticos que deploran a los candidatos y los que los defienden. Puestos a animar el cotarro, el historiador del arte Tim Newark trazó en el conservador *Express* una línea directa entre el Brexit y el Turner, y no le faltó la palabra-que-empieza-por-p: “Puedes pisar cualquier galería de Londres, Barcelona, París o Berlín y verás el mismo tipo de arte pretencioso dejando fríos a los visitantes. Como los burócratas de la UE que niegan el Brexit, fracasan a la hora de ver la desconexión entre los artistas y la audiencia, culpando a la ignorancia y el prejuicio”.

Volviendo a la música pop, en ningún campo artístico se valora tanto lo auténtico frente a lo impuesto. Se puede decir que la mitad de la crítica musical se basa en husmear en busca de agresiones contra la autenticidad. Y, sin embargo, señala el ensayo, los músicos que más se han valorado como reales, y de quienes se presumía con condescendencia que extraían todo su material de una emoción pura incontaminada por la educación superior, casi siempre andaban sedientos de fuentes eruditas. “Iggy Pop, el *frontman* salvaje de los Stooges, que creció en un parque de caravanas, cita el festival ONCE de su ciudad, Ann Arbor, como una influencia primordial. Allí entró en contacto con Robert Ashley, Pierre Boulez, John Cage y Eduard Varèse

“Usado como insulto, es una herramienta de vigilancia de clase, un palo para golpear a alguien que se da aires”

se –el mismo Varèse al que Charlie Parker idolatraba de tal manera que le seguía por las calles de Nueva York sin atreverse a dirigirle la palabra–. Los Beatles también asimilaban ideas de la vanguardia europea, junto con lecciones de Fluxus y de la música clásica india. El pionero del hip-hop Afrika Bambaataa y los productores de techno de Detroit estaban influidos por los sonidos de Kraftwerk, el grupo que nació del conservatorio de Düsseldorf”.

Fox es inglés, aunque vive en Nueva York, y se ocupa de señalar las cruciales connotaciones de cla-

fracasar de una manera muy particular. Por falta de habilidad y de humildad, por querer moverse del sitio que se le tiene asignado y, por último, por no conectar con la media del gusto popular.

El autor fundó y dirige la revista de arte contemporáneo *Frieze* y por tanto está acostumbrado a oír ese insulto referido a su propio medio de vida, ya que nada merece ese vituperio tan a menudo como el arte contemporáneo, debido a la manera tradicional en la que se juzga todavía la actividad creativa. Al fin y al cabo, producir un libro o una película requiere cierto esfuerzo físico, el trabajo conjunto de ar-

Bowie se autoconcedía el título de mayor pretencioso del pop: “Salí adelante a base de pura pretensión”

tistas y técnicos cualificados, mientras que una vez que las artes visuales dejaron de ocuparse de representar el mundo de manera realista, todo lo que queda es un puñado de ideas. Y, ¿qué hay más pretencioso –y peligroso– que una idea? “El error es el mecanismo con el que las artes se mueven hacia delante, como la ciencia. No todos los artistas pueden hacer una obra de arte pero son los experimentos los que calladamente se aproximan hacia ellas. Hay una visión más generosa de la pretenciosidad que entiende que el espacio entre las expectativas y la realidad es una necesidad en lugar de una tara”, abunda Fox, y concluye con una cita de un director que, irónicamente, se ha divertido mucho en su filmografía riéndose de personajes y de obras de arte que considera pretenciosos, Woody Allen: “Si no fallas de vez en cuando, es una señal de que no estás siendo muy innovador”.

Si el debate importa, más allá de una entretenida discusión de Twitter o de salón, es porque casi siempre que surge una controversia en el ámbito cultural, los términos pueden reducirse así. Lo pretencioso contra lo popular, lo auténtico contra lo afectado. Tomemos, por ejemplo, un asunto tan enconado como el que envuelve a la nueva dirección artística del Matorero de Madrid. Ahí confluyen política y otras corrientes turbias –una ley no escrita del periodismo digital actual dice que jamás se desaprovechará la oportunidad de escribir “Carmena” en el titular. Es como “Mercadona” o “Photo- >



El escritor irlandés Oscar Wilde, habitual en las listas de pretenciosos, en una fotografía coloreada datada en 1893
ROGER VIOLETT
COLLECTION / GETTY